

Sophie
Ward

**AMOR Y OTROS
EXPERIMENTOS MENTALES**

Traducido del inglés
por Teresa Lanero Ladrón de Guevara

Título original: *Love and Other Thought Experiments*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Sophie Ward
© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2021
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-476-1
Depósito legal: M. 16.708-2021
Printed in Spain

Para Rena

La imaginación no es un estado: es la existencia
humana en sí misma.

WILLIAM BLAKE, *Milton, A Poem in Two Books*

He soñado sueños en mi vida que han quedado
dentro de mí desde entonces, y han cambiado mis
ideas, y se han infiltrado en mí como el vino en el
agua, y mudado el color de mi espíritu.

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas*

Si queremos seguir progresando en la inteligencia
artificial, tendremos que renunciar a nuestro
asombro por los seres vivos.

DANIEL DENNETT, *Speaking Minds: Interviews
with Twenty Eminent Cognitive Scientists*

Rachel cogió la revista que Eliza había dejado en la cocina. La portada era el dibujo de un árbol con las raíces hundidas en la cabeza de un hombre que llevaba una corona enmarañada de ramas frondosas arqueadas hacia el sol. No era la típica imagen de las lecturas de Eliza. Rachel pasó la página.

«Los experimentos mentales son mecanismos de la imaginación utilizados para investigar la naturaleza de las cosas.»

Madre mía, pensó Rachel. Pero sonaba bien. Le divertiría pensar que los científicos se sirvieran de los cuentos. Yo podría ser un experimento mental, algo que Eliza hubiera inventado para poner a prueba su rígido razonamiento.

—Si yo fuera un experimento mental —le preguntó esa noche a Eliza cuando se acostaron—, ¿cuál sería?

—No estoy muy segura de que pudieras ser un experimento mental —dijo ella—. Se supone que los experimentos mentales sirven para pensar en un problema.

—Bueno, solo hay que imaginarlo para que sea posible.

—Esa es una teoría.

—Bueno. —Rachel apartó el libro que Eliza sostenía y la miró—. Pues imagínate.

Su novia sonrió y sacudió la cabeza.

—Esto es lo que pasa cuando lo imaginario se topa con lo fáctico.

—No sé yo quién es quién aquí. Deja de darme largas. —Rachel le dio un codazo a Eliza en la axila.

—¡Vale! ¿Quieres ser un experimento mental? ¡Puedes ser un zombi! No, no, ya sé. Podrías ser... sí, el matiz de azul de Hume. Un color que él nunca ha visto, aunque es capaz de imaginarlo. ¿Contenta?

El tono de azul de Hume, pensó Rachel mientras apoyaba la cabeza en la almohada. Sí. Podría ser.

—Cuéntame más.

1

Una hormiga

La apuesta de Pascal

El matemático del siglo XVII Blaise Pascal sostenía que, dado que Dios puede existir o no existir y que todos debemos decidir sobre su existencia, estamos obligados a apostar. Si le entregas tu vida a Dios, tienes la posibilidad de obtener una felicidad infinita (en el más allá infinito) a cambio de una apuesta finita (tu vida mortal). Si no le entregas tu vida a Dios, tal vez estés apostando tu vida finita a cambio de una infinita infelicidad en el infierno. Según esta lógica, la cantidad infinita de posible ganancia supera con creces la pérdida finita.

Y aquí hay una infinidad de vida feliz que ganar, un azar de ganancia contra un número finito de azares de pérdida, y lo que hagáis es finito.

BLAISE PASCAL, *Pensamientos*, 272

—Las hormigas se han mudado aquí. —Rachel sacudió el cuerpo diminuto y le dio la vuelta a la almohada. Eliza levantó la vista del libro—. Las hormigas. Las del salón. Nos han seguido hasta aquí —aclaró Rachel.

—¿Estás segura?

—Acabo de ver una.

—No, digo que si estás segura de que era una hormiga. Con lo pequeñas que son, no entiendo cómo lo sabes. —Eliza volvió al volumen de tapa dura que tenía sobre el pecho.

—No necesito gafas.

—De momento.

Rachel le dio un empujón.

—¿Las hormigas pican?

—Tengo que terminar esto para mañana.

—Y claro que son hormigas. Las mismas que estaban en el sofá el verano pasado. Se metieron por el hueco de la ventana y ahora han llegado hasta aquí. En una habitación con hormigas no se puede dejar a un bebé. Oye, Eliza.

—Qué.

—¿Las viste cuando dormías en este lado?

—No.

—De todos modos, no te habrías dado cuenta.

—A lo mejor vi alguna.

—¿Por eso cambiaste de sitio?

A Eliza se le cayó el libro de la mano.

—¿Cómo?

—Nada.

—No, dime. ¿Crees que te he dejado ese lado de la cama porque está infestado de hormigas?

—Da igual. Lee. —Rachel miró a su novia—. Ya lo sé. Perdona.

Eliza no leyó más, pero se quedó con la luz encendida mientras Rachel se dormía. Se preguntó si sería mejor acudir al experto en control de plagas del final de la calle para que le echara un vistazo al piso. El señor Kargin. También trabajaba reparando y vendiendo televisores viejos. Un día entraron en su taller para comprar una antena que le sirviera a la tele en blanco y negro de Rachel. El hombre se pasó un buen rato registrando en cajas de cartón sin dejar de despotricar sobre los equipos obsoletos.

Eliza se fijó en que Rachel intentaba no prestar atención a los carteles de la pared, que mostraban imágenes de cucarachas y ratas junto a sus respectivos métodos de exterminio. Había muchísimas criaturas diferentes, pero todas las fotos eran del mismo tamaño, de manera que las termitas eran tan grandes como las ardillas. El señor Kargin las miró fijamente.

—Me miraba a mí —dijo Rachel cuando salieron del local—. Contigo no le pasaba nada.

El hombre no encontró la antena y se puso de mal humor, a pesar de que la idea de hurgar en las cajas había sido suya. Eliza supuso que las reparaciones de teles no le darían mucho dinero, pero el negocio de exterminación podía ser una forma de expresarse, así como una fuente de ingresos. Le prometió a Rachel que no volverían nunca a ese sitio.

Rachel, tumbada junto a ella, respiraba con pesadez. Lo de cambiar de lado había sido una ocurrencia de Eliza, porque tenía un escritorio nuevo que no cabía en el hueco que quedaba junto a su parte de la cama. Fue una decisión práctica que incluso a Rachel le pareció lógica. El piso estaba lleno de muebles y el escritorio haría las veces de mesita de noche, aunque tal vez molestaba a algún nido o simplemente era la época del año en que las hormigas entran en las casas. Eliza no le había cambiado el sitio Rachel por los insectos, pero ahora tendría que demostrar que el problema le importaba tanto como para solucionarlo. Desde que habían hablado de tener un bebé, Rachel no dejaba de medir el alcance del amor de Eliza.

Eliza se preguntó cuántas de sus decisiones eran en realidad cuestiones de honor. En su vida, en su trabajo, en la universidad, con la bici y el vegetarianismo, hasta su corte de pelo parecía escogido como reacción a las opiniones de un público invisible. Se había convertido en el tipo de persona que ella misma aprobaba, aunque no estaba segura de haber elegido lo que

de verdad quería. Comprobó la almohada por última vez y apagó la luz de la cabecera. Ya se ocuparía de las hormigas por la mañana.

programa

Al día siguiente, de camino al trabajo, Eliza pasó en bici por delante del taller de televisores. Por dentro del escaparate, bajo unas pilas inestables de teles rotas, había versiones en miniatura de los carteles de las paredes. Pensó en todos los productos químicos que el cascarrabias de Kargin utilizaría en el piso. Parecía irradiar veneno. Ni siquiera las hormigas se merecían un asesino como ese.

En el desayuno habían hablado del tema y Eliza había buscado en Google «eliminar hormigas».

—Pero todas estas hormigas parecen de tamaño normal. No encuentro fotos de hormigas enanas.

Rachel no quiso leer nada sobre huevos y hormigueros.

—A mí que haya una sola hormiga me da igual. Pero no en la cama y menos si son cientos. Ahora no dejo de pensar en esa canción que hablaba de grandes expectativas y de lo que hacía una vieja hormiguita... «Just what makes that little old ant...»

—Aceite de menta. —Eliza apartó la mirada de la pantalla y vio que Rachel cantaba mientras metía los platos en el lavavajillas—. Aquí dice que no les gusta el aceite de menta. Bueno, eso es fácil. Luego lo compraré. —Cerró la página y volvió al correo electrónico.

—Me gusta la idea del aceite de menta, pero no sé si eso será efectivo a largo plazo... —Rachel pasó un trapo por la encimera de la cocina, se acercó a la silla de Eliza y apoyó una mano húmeda en su hombro—. Estas son muy pequeñas, pero, por más que el aceite les impregne los pies o las garras o lo que tengan las hormigas al final de las patas, no acabará con ellas.

—Es que no les gusta el olor.

—Demasiadas expectativas, como en la canción.

Holamundo;

Eliza llegó a casa con un botecito de aceite de menta de la farmacia.

—Me parecía horrible comprarlo en el supermercado, como si fuéramos a darles de comer.

Rachel sacó el bote y soltó la bolsa en la mesa.

—Te he traído otra cosa. —Eliza señaló la bolsa con la cabeza.

Rachel leyó la etiqueta del aceite de menta como si pudiera contener algo más que aceite de menta. Al cabo de un momento, Eliza se dio la vuelta y se sirvió un vaso de vino blanco en la encimera de la cocina. Al salir del trabajo no tenía intención de comprar un test de ovulación, pero cuando paró en la farmacia de camino a casa se le ocurrió buscar un regalo para animar a Rachel. Así es como se toman las decisiones en la vida, pensó, eliges una prueba de fertilidad en vez de un baño de espuma. Miró la bolsa de papel que estaba sobre la mesa. La caja rosa estaba fuera y Rachel

estaba reclinada en la silla con una cara de expectación que Eliza sintió que no podía satisfacer.

—Gracias.

Eliza frunció el ceño.

—Es un comienzo.

—Sí.

Estaban demasiado cansadas para extender el aceite de menta por el rodapié. Rachel se metió en la cama y miró el suelo. Al levantar la vista, se cruzó con la mirada de Eliza.

—No hay nada. —Rachel sonrió.

Eliza diagnosticó ese gesto como una sonrisa no-Duchenne: uno de sus pasatiempos favoritos. No le llegaba a los ojos. Sin embargo, Eliza sabía que la intención era buena.

Rachel tiró de la almohada.

—Es cuando me empiezo a dormir. Pienso que trepan por todas partes.

—Normal. Como cuando pensamos en piojos y nos pica la cabeza.

—¿Piojos? —Rachel tosió—. ¿Quién tiene piojos hoy en día?

—Los niños tienen piojos. Si tuviéramos un hijo, pillaríamos piojos. —Eliza acarició en la mano a Rachel, que ya se estaba rascando el cogote—. ¡Ahora no tienes piojos!

—Pero tenemos hormigas, Els. No me las estoy inventando.

Eliza se llevó la mano de Rachel a los labios.

—Lo sé, amor mío. —Besó uno a uno los dedos regordetes de Rachel justo debajo de las uñas y le mordisqueó la punta del pulgar.

—No todo lo de los bebés es malo.

—¿Hmmm? —Eliza se detuvo.

—Nada. No pares. Es una tontería. —Rachel le puso a su novia una mano en la mejilla y se apoyó en las almohadas—. No pares.

Eliza se inclinó sobre ella.

—Oye, que te he comprado el test, ¿eh? Y me leí el libro. Ahora cierra los ojos y deja que te bese hasta que te duermas.

usa crt;

Eliza se incorporó aterrorizada. Estaba en la cama, a oscuras. Rachel, a su lado, tiraba de las almohadas.

—¿Rachel? ¿Qué pasa? ¿Qué te ha pasado?

—Me ha picado algo. En el sueño, estábamos en un campo, el sol brillaba y había hierba. Tú dijiste: «Quédate quieta» y lo intenté, pero... —Rachel levantó la almohada—. Me picó.

Eliza buscó a tientas el interruptor de la luz. Los gritos de Rachel la habían sacado de su sueño.

—¿La hierba te picó?

—En el ojo.

Las dos mujeres entrecerraron los ojos cuando se encendió la luz tenue de la lámpara.

—A ver.

Rachel contuvo la respiración.

—Eras tú. Tú me clavabas la hierba.

Eliza sintió que el sudor se le enfriaba sobre la piel y se arropó con las sábanas.

—Rachel, estabas dormida.

—Una hormiga. —Rachel salió a toda prisa hacia el espejo de cuerpo entero que estaba colgado detrás de la puerta.

—Has tenido una pesadilla.

—Me ha entrado en el ojo.

Eliza se sentó y bostezó.

—Ven, déjame ver.

Rachel se apoyó en la cama y levantó la cara hacia Eliza. En la esquina del ojo tenía una marca de color rojo intenso.

—Te has arañado. Mi niña... —Eliza abrazó a su temblorosa novia.

Rachel no podía quedarse quieta.

—No creo que sea eso.

Rodeó la cama y apartó las sábanas. Ambas se quedaron mirando la superficie húmeda y arrugada del colchón. No había ninguna hormiga.

—Ahí no hay nada —dijo Eliza—. ¿Quieres un poco de antiséptico? ¿Rachel?

Rachel estaba a cuatro patas en el suelo. La madera del entarimado era antigua y estaba recubierta con una fina capa de barniz. Eliza y Rachel habían tardado tres días en lijarla con una máquina alquilada hasta que se quedó lo bastante pulida como para caminar sobre ella, pero seguía desnivelada y agujereada; algu-

nos de los huecos eran tan grandes que cabía una aspirina. Como Rachel bien sabía.

—Es noche cerrada. Tengo que estar en el laboratorio a las ocho. Por favor, Rach. Lo miramos por la mañana.

—No voy a dormir.

Rachel se sentó en la madera fría y miró a Eliza. Su pelo ondulado formaba unos rizos apretados junto a las sienes y unas lágrimas le cayeron del ojo escarlata.

—Ay, cielo. Oye... Oye. —Eliza se acercó a Rachel y se acuclilló junto a ella—. Ohhh. Ya está...

Rachel se inclinó hacia delante y sollozó junto al cuello de Eliza.

—No. No está. Me duele el ojo y se me ha metido una hormiga en la cabeza y tú crees... tú crees que no puedo cuidar de un bebé.

Eliza apartó a su novia lo suficiente como para mirarla a la cara.

—¿De dónde te has sacado eso?

—Sabes que es verdad. Cada vez que sale el tema dices que quieres seguir adelante y que Hal es estupendo. Tu óvulo, mi útero, su esperma, como una receta o como un poema. Pero nunca pasa nada y luego nos ponemos con otra cosa y tú cambias por completo, te pones muy negativa, como si fuera un horror tener un bebé. Como anoche... —Rachel se adelantó a la pregunta que Eliza ya tenía en la punta de la lengua—. Anoche, cuando empezaste a hablar de los piojos.

—Madre mía... Los niños cogen piojos, no es ninguna excusa, es así.

—Pero no lo dijiste por eso. Lo dijiste porque piensas que soy incapaz de ocuparme de algo, que no sé nada del mundo real, de la vida real. Y a lo mejor es verdad.

—Rachel se sentó y se echó a llorar. Sacudía los hombros y su respiración se convirtió en un trémulo hipido.

Eliza la observó durante un momento. Vio desde la distancia a la mujer triste y asustada que tenía delante, como si en vez de estar en el suelo con Rachel en su cómodo apartamento a las tres de la mañana estuviera mirando por la ventana de camino hacia algún lugar en su ajetreadísima vida. En los cuatro años que llevaban juntas se había sentido así a veces, presente y ausente a la vez, conectada a pesar de mantener una parte de ella separada para casos de emergencia. Y Rachel había permitido que esa disponibilidad fuera suficiente. En eso se basaba el problema con el bebé. No en Rachel, que era un poco despistada y perdía cosas y no era precisamente una mujer de carrera. Todo eso daba igual. Ella amaba a Rachel, pero el bebé consumiría las cuotas de emergencia de Eliza.

—No.

Rachel soltó un suspiro.

—¿No qué?

—Que no creo que vayas a ser una mala madre.

—¿De verdad?

Eliza sacudió la cabeza.

—Se te dará muy bien. Serás estupenda. Soy yo quien me preocupa.

Rachel se echó a reír y se secó la humedad de alrededor de la nariz y la boca.

—¡Tú! Tú puedes hacer cualquier cosa. Gobernarías el mundo si quisieras. Con esas piernas.

Ambas miraron las piernas largas que Eliza había plegado para sentarse sobre los talones. Rachel tenía las piernas cortas y la piel suave. Algunas noches, a Eliza le gustaba dibujar mensajes en los muslos de Rachel. «Comunicación no verbal», escribió. Y «Placer sensorial».

Se cogieron de la mano mientras seguían arrodilladas una frente a otra.

—Parece que nos estuviéramos casando mediante alguna ceremonia antigua —dijo Rachel con la voz tomada por el llanto.

—Sí.

—Vamos a casarnos, ¿no? Vamos a casarnos y a tener un bebé. No tiene que ser en ese orden. —Los pliegues de su rostro brillaban con la luz de la lámpara.

—Sí, mi amor.

Se acercaron y unieron las frentes.

—Y así es como se cogen los piojos. —Eliza le dio un ligero cabezazo.

—¿No es así? —Rachel empujó a Eliza, pero perdió el equilibrio y se cayó sobre ella.

—¡Oye!

Se quedaron tumbadas en el suelo un momento. Esto es vida, pensó Eliza, esta es mi vida.

—Me duele el ojo.

A Eliza le pasó por delante una visión de futuro. Rachel y el bebé se acurrucaban en el suelo entre llantos y nadie los cuidaba, solo ella. Toda la responsabi-

lidad de dos seres completamente irracionales. ¿Estaba siendo injusta? Era imposible que Rachel pensara que una hormiga le había entrado en el ojo. Pero entonces ¿por qué insistía tanto? Eliza inspiró hondo en busca de la poca paciencia que le quedaba.

—Ven, déjame ver.

Rachel era hija única. Si al final tenían hijos, lo mejor sería que al menos fueran dos. A Eliza le habría lanzado su hermana la enciclopedia paterna a la cabeza si la hubiera despertado en mitad de la noche con cuentos absurdos sobre insectos. De pie, Eliza le agarró la cara a Rachel y volvió a mirarle el ojo.

—Está irritado. A lo mejor deberías ir al médico mañana. —Rachel hipó—. Duermo yo en tu lado esta noche —concluyó Eliza.

Se metieron en la cama y Eliza apagó la luz. Sintió los pies fríos de Rachel en las pantorrillas.

—Gracias —dijo Rachel.

—De nada. ¿Gracias por qué?

—Por creerme. Lo de la hormiga.

(*Aquí empieza el bloque de programa principal*)

Para cenar, Eliza puso la mesa alrededor de la caja de la farmacia, que seguía en el mismo sitio donde Rachel la dejó el día anterior.

—Bueno, ¿qué te ha dicho la médica del ojo?

—No escucha nada de lo que le digo. Quien le gusta eres tú.

—Solo la he visto una vez.

—Será por eso. Cree que soy una tía rara. Como el tipo ese de las teles y la exterminación. Me miraba fijamente. —Rachel observó a Eliza con los ojos muy abiertos y robó una hoja de lechuga del cuenco—. Me ha mandado unas gotas y me ha dicho que vuelva si me sigue doliendo, aunque le dije que ya no me dolía.

—El de las plagas.

—Sí, ese.

—Pero ¿te ha echado un vistazo?

—Sí, por encima. A lo mejor debería ir a un especialista.

—¿A un oculista?

—No lo sé. A alguien que se ocupe de los ojos. O al hospital ese de enfermedades tropicales. —Rachel pareció bastante satisfecha con esa idea—. A lo mejor es un tipo de hormiga que no conocemos aquí.

Eliza soltó la olla de espaguetis en la mesa y se sentó. Por la cabeza le pasaban imágenes de la noche anterior. Le había prometido matrimonio e hijos a Rachel, pero veía su vida en común como un espejismo: siempre por delante de ellas, inalcanzable.

—No creo que haya un médico que sepa de esto.

—Para eso están los especialistas, ¿no? —dijo Rachel—. Para investigar.

—¿Aunque tengas bien el ojo?

—Tengo bien el ojo ahora. Pero después de lo que me pasó...

—¿Qué te pasó?

—Tú estabas delante.

El futuro resplandecía al otro lado de la mesa. Todo un mundo de posibilidades si Eliza creía en ellas.

—Come, anda. —Eliza sirvió la pasta y llenó los vasos—. Vamos a abrir ese test y a empezar con la diversión.

—Quiero hacerlo. Tengo muchas ganas, es lo que siempre he querido. Pero necesito que estés conmigo.

Eliza frunció el ceño.

—Estoy contigo. Estoy nerviosa. Ya te dije...

—No es eso. Necesito que sepas lo que yo sé. Que tengas fe en mí.

—¿A qué te refieres?

A Eliza le ardían los dedos por la adrenalina. Rachel no iba a dejar el tema.

—Se me ha metido una hormiga en el ojo. Y se me ha quedado ahí dentro.

—¿De verdad?

Rachel miró a su novia.

—Sí.

—Pero eso fue una pesadilla.

—Conozco la diferencia entre estar despierta y dormida. Sentí cómo me entraba la hormiga en el ojo.

—¿Pero eso es posible?

—Tiene que serlo.

Estaba convencidísima. Eliza miró a Rachel, que se frotaba el ojo por la línea de las pestañas con un roce delicado, como para no molestar a la visitante.

—¿Y la médica no quiso derivar tu caso?

—Como cuando fuimos a hablar sobre quedarme embarazada. No me escuchó.

—¿Y el especialista?

—En realidad no sé si quiero ir a uno. A ver, es que está ahí dentro. —Rachel se apartó la mano de la cara—. No quiero que me abran la cabeza.

—No te van a abrir la cabeza.

—Si no pueden hacer nada, no tiene sentido ir.

—Eso sí.

Rachel estiró el brazo por encima de la mesa.

—Siempre que tú me creas.

El espejismo de su vida juntas apareció enfocado.

—Si me quieres, confiarás en mí —insistió Rachel—. ¿No?

Un gesto pequeño. Si decía que sí, pasarían a una nueva relación en la que Eliza aceptaba a Rachel por completo. Un gesto pequeño y grande en una sola palabra.

—Sí. —La creía. Creía en Rachel y en todo lo que viniera con la claudicación. Un futuro. No tenía que entender lo de la hormiga, solo aceptar que era parte de la historia de Rachel. El picor del peligro en la punta de los dedos disminuyó. No había nada que temer. Ya había elegido.

Rachel parpadeó. Se estiró para agarrar la bolsa con el test de ovulación.

—Voy a hacerlo ahora mismo. Termínate la pasta. —Señaló con un gesto el plato de Eliza—. Vuelvo en dos minutos.

inicio